

cesa de esta última había sido aumentada hasta 4,000 hombres bajo la conducta del general Rey, hombre de reputación militar. La ciudad, aunque situada entre dos brazos de mar, formando una península, á la falda del monte Urgull, defendida por un castillo que hay en su cumbre, y con los caracteres y formas de plaza fuerte, está lejos de ser una fortaleza de primer orden; y de tener puntos flacos que la hacen vulnerable se habían visto ya pruebas en varias épocas de nuestra historia. Bloqueada ahora al principio por los españoles, encargóse ponerle cerco formal al general inglés Graham con los anglo-portugueses. Hizo el general sitiador construir fuertes baterías en las alturas de la derecha del río Urumea y abrir un camino cubierto por el lado de la antigua calzada de Pasajes hasta la orilla de dicho río. En la explanada que está delante de la ciudad, á unas 700 ú 800 varas de ella, ocupaban los franceses el convento de San Bartolomé. Batióle Graham hasta destruirle y reducirle á escombros: sosteníanse sin embargo vigorosamente los franceses entre las ruinas, y fué preciso desalojarlos de allí á la bayoneta (17 de julio), recibiendo centenares de ellos la muerte, y costándola también á muchos aliados, que vencida aquella dificultad los persiguieron por la aldea quemada de San Martín, juntamente con un refuerzo que de San Sebastian les llegaba (1).

A los pocos días, habiendo logrado Graham abrir dos brechas practicables en el muro de la plaza, intimó la rendición al gobernador Rey, que ni siquiera quiso admitir al parlamentario. Indignó esto al inglés en términos que al día siguiente (26 de julio) determinó dar el asalto, formando la columna de ataque la brigada del mayor general Hay. Abrasados los acometedores por los fuegos de la plaza, hubieron de retroceder renunciando á su intento, y pudiendo calcularse que sufrieron en la tentativa pérdida no escasa (2). Llegó á poco Wellington de su cuartel general, que le tenía á la sazón en Lesaca. De buena gana habría intentado un segundo asalto que reparara el desaliento producido por la inutilidad del primero, si á tal tiempo no hubiera recibido noticias de los movimientos del mariscal Soult. Como tenía Wellington simultáneamente bloqueadas ó sitiadas dos plazas, Pamplona y San Sebastian, á bastante distancia la una de la otra, importándole mucho no dejar desatendida ninguna de ellas, convirtió otra vez el sitio de San Sebastian en bloqueo, hizo embarcar la artillería en Pasajes, sin desamparar por eso las trincheras, y él acudió allí donde mas probabilidad de peligro había, que era por la parte de Navarra.

En efecto, habiendo reunido Soult el 24 en San Juan de Pié de Puerto sus alas izquierda y derecha con dos divisiones del centro y una de caballería en número de 30 á 40,000 hombres, acometió el 25 el puesto del general Wing en Roncesvalles. Las posiciones de los aliados eran: Wing y don Pablo Morillo sobre la derecha cubriendo el puerto de Roncesvalles: sir Lowry Cole en Vizarret sosteniendo aquellos con la 4.ª división británica: Picton con la reserva en Olague: sir Rolando Hill con parte de la 2.ª división británica y la brigada portuguesa del conde de Amarante en el Bastan: las divisiones inglesas sétima y ligera en las alturas de Santa Bárbara, villa de Vera y puerto de Echalar: la 6.ª en San Estéban formando la reserva: Longa con su división española manteniendo la comunicación entre estas tropas y las de Graham en Guipúzcoa: el conde de La Bisbal con su reserva bloqueando á Pamplona. Hizo también Soult que el conde de Erlon atacara por el puerto de Maya, término del valle del Bastan. El combate de aquel día duró por espacio de siete horas, perdiéndose y recobrándose posiciones en las cumbres y en los valles de aquellas elevadas montañas, teniendo á veces que cargar á la bayoneta todos los regimientos de los aliados: tuvieron estos la pérdida de 600 hombres y 4 piezas. Supo Wellington por la noche lo ocurrido en el día, y fué cuando acudió de San Sebastian.

(1) Parte del general Graham, fecha el 18 de julio en Hernani, é inserto en la Gaceta del 21 de agosto.

(2) No hemos visto el parte que Graham dió al general en jefe; pero en el que pasó Wellington al ministro de la Guerra, le decía cuidadosamente estas lacónicas palabras: «Se dieron las órdenes para que fuese atacada la plaza en la mañana del 25, y me es muy sensible haber de decir á V. E. que se malogró esta tentativa.»

Reprodujose al día siguiente la pelea, ó por mejor decir, los días 26, 27 y 28 fué una batalla continuada y sostenida con gran porfía. En uno de ellos, como el conde de La Bisbal hubiese tenido que unirse al ejército de operaciones, dejando entre tanto confiado el bloqueo de Pamplona á don Carlos de España con 2,000 hombres de la reserva, con esto y con la esperanza de la proximidad de los suyos envalentonáronse los cercados, y haciendo una impetuosa salida desordenaron á los nuestros y les cogieron algunos cañones, hasta que acudiendo don Carlos de España restableció el orden en su gente y rechazó los contrarios hasta los muros de la plaza. El 28 se generalizó el combate en todas las cumbres de los montes, y se recrudeció la pelea, llevando en ocasiones ventaja el francés en algun punto, pero revolviendo despues sobre él Wellington con los aliados y recuperando lo perdido; siendo de notar el servicio que en esta ocasión hicieron las tropas españolas, valiéndose el inglés para los lances de mas empeño de regimientos españoles, como los de Pravia y el Príncipe, muchas veces con honra citados en el parte del lord generalísimo. Por último, rechazado Soult de todos los lugares, volviendo á ocupar los ejércitos casi las mismas posiciones que el día 25, convencido Soult de la inejecia de su gran esfuerzo para socorrer á Pamplona, y habiendo enviado artillería, bagajes y heridos á San Juan de Pié de Puerto para aligerar su gente, cambió de proyecto el 29, y malograda una empresa buscó fortuna en otra, en la de auxiliar á San Sebastian (3).

Tampoco fué venturoso en este segundo intento el lugarteniente general de Napoleon en España. Queriendo abrirse paso por el camino de Tolosa, cñiendo la izquierda de los aliados, y ocupando posiciones en aquellas montañas de difícilísimo acceso, fué no obstante desalojado de ellas (30 de julio), acometido con brio por Wellington de frente, mientras otros generales embestian de orden suya por los flancos, todos con igual acierto, y encaramándose uno de ellos á la cresta de una montaña que delante tenía con admirable arrojo. Entre Hill y Drouet hubo también recia contienda en otros cerros, concluyendo el inglés por aventar á su contrario, ayudándole á esto el mismo general en jefe, desembarazado ya de la otra lid. Continúo la persecución (1.º de agosto) por los valles del Bidasoa y del Bastan. Tornaron los anglo-portugueses á ocupar el puerto de Maya, y Drouet á pisar tierra francesa. Manteniase no obstante fuerza enemiga la mañana del 2 en el puerto de Echalar: encargóse ahuyentarla á las divisiones cuarta, sétima y ligera: pero hallándose la brigada del general Barne formada para el ataque, y adelantándose á todas, hizo ella sola lo que se había encomendado á las tres. «Es imposible, decía en su parte el duque de Ciudad-Rodrigo, que yo pueda elogiar dignamente la conducta del mariscal de campo Barne y la de sus bizarras tropas, que fueron el objeto de la admiración de cuantos presenciaron su sereno denuedo. Pocas veces ó nunca he visto marchar tropa al ataque con tanto orden y bizarría, ni arrojar con mas desembarazo al enemigo de las formidables alturas que ocupaba, sin embargo de la obstinada resistencia que les opusieron.»

Hacia despues mencion honrosa de otros encuentros que con cuerpos francos habían tenido, ya la division de Longa que resguardaba el camino real de Irún, ya un batallon de cazadores de la division de Bárcena, perteneciente al ejército de Galicia, enviado al puente de Yancy.

El número total de pérdidas que los aliados tuvieron en los muchos combates que hubo desde el 25 de julio al 2 de agosto, ambos inclusive, segun un estado oficial remitido por el general en jefe, fué de 6,707 hombres. Supónese que fué mayor, y así tuvo necesariamente que ser, la pérdida que experimentaron los franceses. Elogióse mucho la inteligencia y capacidad que desplegaron los dos generales enemigos en aquella serie de combates en comarcas tan ásperas, quebradas y montuosas, llenas de precipicios, hondonadas y tortuosidades. Así era de esperar también de guerreros que á tanta altura habían sabido elevar su reputación. «En la actualidad, decía también el duque de Ciudad-Rodrigo en el último parte

(3) Parte detallado de lord Wellington, fecha en 1.º de agosto en San Estéban; é inserto en la Gaceta del 26 del mismo.

mencionado (1), *no hay enemigo alguno en esta parte de la frontera de España.* Palabras que contrastan notablemente con las que tres semanas antes había estampado el mariscal Soult al final de su proclama: *Fechemos en Vitoria nuestros primeros triunfos, y celebremos allí el día del cumpleaños del emperador.*

Ya pudieron los aliados dedicarse mas desembarazadamente á apretar el sitio de San Sebastian suspendido en julio, y así lo hicieron, construyendo baterías, y rompiendo el fuego el 26 de agosto contra las torres que flanqueaban la cortina de Este, contra el medio baluarte situado sobre el ángulo del Sudeste, y contra el fin de la cortina del Sur. En la noche de aquel mismo día se tomó la isla de Santa Clara, que está á la boca del puerto, y como cerrando la hermosa concha que forma su playa, haciendo prisionero un pequeño destacamento enemigo que en ella había. Abierta ya el 30 una nueva brecha, y ensanchadas las dos anteriores, dispúsose todo para dar el asalto el 31. Pero antes habremos de contar lo que aquel mismo día pasaba en la frontera de Francia entre nuestras tropas y las francesas que venian en socorro de la plaza de San Sebastian.

Hallábase el cuarto ejército español acantonado en los campos de Sorueta y Enacoleta, alturas de San Marcial, Irún y Fuenterrabia, cubriendo y protegiendo el camino real de San Sebastian. A espaldas de Irún estaba la division británica del mayor general Howard, con una brigada del general Aylmer: á retaguardia de la derecha la division de Longa, dos brigadas inglesas en la sierra de Aya, y la novena brigada portuguesa en unas alturas entre Vera y Lesaca. El cuarto ejército español estaba ahora mandado por don Manuel Freire, que había reemplazado á Castaños y tomado posesion el 9 de agosto en Oyarzun. Don Pedro Agustín Giron, que era verdaderamente quien le había guiado en ausencia de Castaños mucho tiempo hacia, quedó al frente del ejército de reserva de Andalucía, con motivo de haber pasado el conde de La Bisbal con licencia á Córdoba á ver de reponerse de antiguas dolencias.

El 31 de agosto antes de amanecer cruzaron los enemigos el Bidasoa, en número de 16 á 18,000 hombres, por los vados entre Andaya y el puente destruido del camino real, arrollando nuestros puestos avanzados, y atacando con impetu todo el frente de las tropas situadas sobre las alturas de San Marcial. En las primeras arremetidas consiguieron algunas ventajas, mas luego fueron completamente rechazados, merced á los esfuerzos del regimiento de Asturias que perdió su denodado y joven coronel don Fernando Miranda, del primero de tiradores cántabros, del de Laredo, del de otros cuerpos, cuyo comportamiento general mereció que el generalísimo inglés diera la siguiente memorable proclama: «Guerreros del mundo civilizado: aprended á serlo de los individuos del cuarto ejército español que tengo la dicha de mandar.—Cada soldado de él merece con mas justo motivo que yo el baston que empuño: el terror, la arrogancia, la serenidad y la muerte misma, de todo disponen á su arbitrio.—Dos divisiones inglesas fueron testigos de este original y singularísimo combate, sin ayudarles en cosa alguna, por disposición mia, para que llevasen ellos solos una gloria, que no tiene compañera en los anales de la historia.—Españoles, dedicaos todos á premiar á los infatigables gallegos: distinguidos sean hasta el fin de los siglos por haber llevado su denuedo y bizarría á donde solo ellos mismos se podrán exceder, si acaso es posible.—Nación española, la sangre vertida de tantos Cides victoriosos, 18,000 enemigos con una numerosa artillería desaparecieron como el humo, para que no nos ofendan jamás.—Franceses, huid pues, ó pedid que os dictemos leyes, porque el cuarto ejército va detrás de vosotros y de vuestros caudillos á enseñarles á ser soldados (2).»

Por la tarde otro cuerpo considerable, protegido por mucha artillería colocada en las alturas de la derecha del río, le pasó también por un puente volante que echó á un cuarto de legua del camino real, y embistió desesperadamente nuestro centro

(1) Era fechado el 4 de agosto en Lesaca.

(2) Insertóse esta proclama en la Gaceta de Madrid de 19 de octubre de 1813.

y parte de la derecha, mas también fué rechazado por una brigada de la division del intrépido Porlier, ayudada del segundo batallon de marina, sin que hubiera necesidad de que en esta funcion tomaran parte dos divisiones inglesas que se hallaban inmediatas.

Otra tentativa hicieron también contra la izquierda española, consiguiendo en el primer impetu apoderarse de un campamento establecido en una de aquellas cimas, no obstante la serenidad con que los recibió una brigada de don José María Ezpeleta, pero acudiendo oportunamente Porlier y Mendizabal, y arrojándolos sucesivamente de todos los puntos, los obligaron á repasar el río, hostigándolos siempre nuestras tropas. Y al tiempo que este cuerpo francés atravesaba el puente de las Nasas, otra columna forzada á descender del monte Irachábal cruzaba el Bidasoa por el vado de Saraburo, con no poca dificultad, crecidas las aguas con la lluvia que abundantemente cayó á las últimas horas de la tarde. Otras tres columnas francesas que habían pasado el río por los vados superiores pusieron en aprieto á la novena brigada portuguesa, en cuyo socorro envió Wellington al general Inglis con otra brigada de la 7.ª division de su mando, y sosteniéndole otras divisiones británicas. Inglis se replegó á las alturas de San Antonio, donde se mantuvo firme, en términos que no pudiendo desalojarle de allí los franceses, muy entrada ya la noche, y lloviendo sin cesar, retiráronse también, hallando tan hinchado el río que la retaguardia de la columna no pudo ya pasarle sino por el puente de Vera. Durante estas ocurrencias don Pedro Agustín Giron, con otros generales de los aliados, atacaba los puestos enemigos en los puertos de Echalar y de Maya. Glorioso, aunque costoso, fué para los españoles el memorable combate de 31 de agosto, llamado batalla de San Marcial, por la sierra de este nombre.

Costoso hemos llamado aquel triunfo, y lo fué en verdad. «Hemos perdido bastante gente, decía el general en jefe del 4.º ejército don Manuel Freire, y muchos y muy beneméritos jefes y oficiales, habiendo compañía donde no ha quedado un oficial.» La pérdida positiva fué de 161 oficiales, 2,462 soldados y 6 caballos, entre muertos, heridos y extraviados (3). Entre los heridos se contaban el general Losada, los brigadieres Castañon y Roselló, y el coronel jefe de estado mayor del centro, Laviña. El brigadier jefe de estado mayor del ejército, don Estanislao Sanchez Salvador, tuvo dos caballos muertos. Grande debió ser el descalabro de los franceses, siendo como fueron rechazados de todos los puntos, y teniendo que reparar tantas columnas el río, de noche algunas de ellas, y todas de cerca acosadas.

No pudo, pues, ser socorrida por los franceses la plaza de San Sebastian, la cual dejamos amenazada de próximo asalto en el mismo día 31. En su consecuencia renovaron los aliados las operaciones del sitio con nueva actividad y vigor, continuando sus trincheras por la antigua casa de la Misericordia y hasta el paseo llamado de Santa Catalina. Luego que se ensanchó mas la brecha, á las once de la mañana del dicho día 31 (agosto, 1813) salieron de las trincheras las columnas de ataque, dirigiéndose los ingleses por la izquierda del Urumea hasta ocupar la cresta de la brecha abierta en la cortina intermedia de los cabos de los Hornos y Amezueta, mientras que la décima brigada portuguesa, vadeando el Urumea, asaltaba el boquete de la derecha, sufriendo todo el fuego de fusilería de la plaza y de un cañon de la pequeña batería de San Teimo. A pesar del brio de la acometida, la firmeza con que los sitiados recibieron á las columnas fué tal, que faltó poco para malograrse segunda vez la empresa. Pero una casualidad, feliz para los aliados, hizo que se incendiara un almacén de materias combustibles que cerca de la brecha tenían los enemigos, volándose con tan espantoso estruendo, que sobrecojidos y asustados los franceses tuvieron unos momentos de indecisión y aturdimiento de que se aprovecharon los aliados

(3) Parte oficial del general Freire, en el cuartel general de Irún, 1.º de setiembre de 1813.—No sabemos cómo Torenno pudo reducir la pérdida en esta ocasión á 1,658 hombres, constandingo lo que hemos dicho del parte oficial del general en jefe, con especificación de españoles, ingleses y portugueses; de aquellos en mayor número, porque fueron los que sostuvieron la batalla.



para penetrar en la ciudad. Refugiáronse entonces los franceses al castillo, dejando en poder de los invasores unos 700 prisioneros. Sobre 2,000 hombres entre muertos y heridos fué la pérdida de los aliados en el asalto. Entre los heridos lo fué el teniente general sir James Leeth que dos días antes se había unido al ejército, y el mariscal de campo Ottwald: á la salida de las trincheras fué muerto de bala de fusil el coronel sir Ricardo Flecher, el principal trazador de las líneas de Torres-Vedras, y de cuya pérdida en particular se lamentaba lord Wellington.

Lo que ahora sorprenderá á nuestros lectores, al menos á los que no conozcan el suceso, lo que los asombrará tanto como pudiera asombrarlos el súbito estampido de una mina, es el comportamiento de los ingleses con una ciudad española y tan amiga que los esperaba con ansia y los recibía como libertadores. Cosa es que aun despues de sabida con evidencia, todavía parece que á creerla se resiste el ánimo; que aquellos libertadores, aliados y amigos, se condujeron con los pacíficos habitantes y con la inofensiva población de San Sebastian, como crueles y desapiadados enemigos, como desatentados y bárbaros conquistadores. Veamos cómo describe el horrible cuadro de aquel día y de aquella noche el ilustrado historiador del *Levantamiento, guerra y revolución de España*, y nos limitamos ahora á reproducir sus frases: «Robos, dice, violencia, muertes, horrores sin cuento sucediéronse con presteza y atropelladamente. Ni la ancianidad decrepita, ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que furiosa forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por do quiera. ¡Qué deshonra y atrocidad!!! Tras ella sobrevino al anochecer el voraz incendio; si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía. La ciudad entera ardió; solo sesenta casas se habían destruido durante el sitio: ahora consumiéronse todas, excepto cuarenta, de seisientas que antes San Sebastian contaba. Caudales, mercaderías, papeles, casi todo pereció, y tambien los archivos del consulado y ayuntamiento, precioso depósito de exquisitas memorias y antigüedades. Mas de mil quinientas familias quedaron desvalidas, y muchas, saliendo como sombras de enmedio de los escombros, dejábanse ver con semblantes pálidos y macilentos, desarropado el cuerpo y amantillado el corazón con tan repetidos y dolorosos gritos. Ruina y destroz que no se creyera obra de soldados de una nación aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvajes bandas venidas de África.»

Por desgracia, lejos de ser recargadas, pecan tal vez de débiles, aunque parezca imposible, las tintas que empleó este escritor para bosquejar el cuadro de aquella noche funesta, una de las mas horribles que se registraran en la historia de las calamidades de los pueblos. Y no sabemos cómo tan ilustrado historiador pudo, hablando del incendio, estampar aquellas palabras: «Si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía.» ¡Ojalá tuviéramos el consuelo de ignorarlo! ¡Ojalá de testimonios auténticos no resultara la dolorosa convicción de haber sido puesto ¡horroriza el pensarlo! por los mismos que se decían nuestros amigos y aliados, por los defensores de la causa española, por aquellos mismos á quienes los pacíficos habitantes de San Sebastian salían alegres y alborozados á recibir como libertadores! Dejemos á los desgraciados vecinos de San Sebastian contar ellos mismos siquiera una mínima parte de las trágicas escenas de aquella lúgubre noche.

«La ciudad de San Sebastian (decían en un manifiesto que publicaron el ayuntamiento, cabildo eclesiástico, consulado y vecinos), la ciudad de San Sebastian ha sido abrasada por las tropas aliadas que la sitiaron, despues de haber sufrido sus habitantes un saqueo horroroso y el tratamiento mas atroz de que hay memoria en la Europa civilizada. Hé aquí la relación sencilla y fiel de este importante suceso.

»Despues de cinco años de opresion y de calamidades, los desgraciados habitantes de esta infeliz ciudad aguardaban ansiosos el momento de su libertad y bienestar, que lo creyeron tan próximo como seguro, cuando en 28 de junio último vieron con inexplicable júbilo aparecer en el alto de San Bar-

tolomé los tres batallones de Guipúzcoa al mando del coronel don José Manuel de Ugarremendia. Aquel día y el siguiente salieron apresurados muchos vecinos, ya con el anhelo de abrazar á sus libertadores, ya tambien por huir de los peligros á que los exponía un sitio que hacían inevitables las disposiciones de defensa que vieron tomar á los franceses, quienes empezaron á quemar los barrios extramuros de Santa Catalina y San Martín....»

Refieren que desde el 23 de julio hasta el 29 se quemaron y destruyeron por las baterías de los aliados 63 casas en el barrio contiguo á la brecha, pero que este fuego se cortó y extinguió. Y llegando al 31 de agosto, describen el asalto, la huida de los franceses al castillo, y las demostraciones de alegría de los habitantes con los aliados, y dicen:

«Los pañuelos que se tremolaban en las ventanas y balcones, al propio tiempo que se asomaban las gentes á solemnizar el triunfo, eran muestras del afecto con que se recibía á los aliados; pero insensibles estos á tan tiernas y decididas demostraciones, corresponden con fusilazos á las mismas ventanas y balcones de donde les felicitaban, y en que perecían muchos, víctimas de la afección de su amor á la patria. ¡Terrible presagio de lo que iba á suceder!

»Desde las once de la mañana, á cuya hora se dió el asalto, se hallaban congregados en la sala consistorial los capitulares y vecinos mas distinguidos con el intento de salir al encuentro de los aliados. Apenas se presentó una columna suya en la plaza Nueva, cuando bajaron apresurados los alcaldes, abrazaron al comandante, y le ofrecieron cuantos auxilios se hallaban á su disposición. Preguntaron por el general, y fueron inmediatamente á buscarle á la brecha, caminando por medio de cadáveres; pero antes de llegar á ella y averiguar en dónde se hallaba el general, fué insultado y amenazado con el sable por el capitán inglés de la guardia de la Puerta uno de los alcaldes. En fin, pasaron ambos á la brecha, y encontraron en ella al mayor general Hay, por quien fueron bien recibidos, y aun les dió una guardia respetable para la casa consistorial, de lo que quedaron muy reconocidos. Pero poco aprovechó esto; pues no impidió que la tropa se entregase al saqueo mas completo y á las mas horrosas atrocidades, *al propio tiempo que se vió, no solo dar cuartel, sino tambien recibir con demostraciones de benevolencia á los franceses cogidos con las armas en las manos*. Ya los demás se habían retirado al castillo contiguo á la ciudad; ya no se trataba de perseguirlos, ni de hacerles fuego, y ya los infelices habitantes fueron el objeto exclusivo del furor del soldado.

»Queda antes indicada la barbarie de corresponder con fusilazos á los victores y á este prelude fueron consiguientes otros muchos actos de horror, cuya sola memoria estremece. ¡Oh día desventurado! ¡Oh noche cruel, en todo semejante á aquella en que Troya fué abrasada! Se descuidaron hasta las precauciones que al parecer exigían la prudencia y arte militar en una plaza á cuya extremidad se hallaban los enemigos al pié del castillo, para entregarse á excesos inauditos, que repugna describirlos la pluma. El saqueo, el asesinato, la violación llegaron á un término increíble, y el fuego que por primera vez se descubrió hácia el anochecer, horas despues que los franceses se habían retirado al castillo, vino á poner complemento á estas escenas de horror. Resonaban por todas partes los ayes lastimeros, los penetrantes alaridos de mujeres de todas edades que eran violadas...» No es posible trasladar al papel los hechos y casos repugnantes y horribles que sobre esta materia se citan individualmente en el Manifiesto.—

«Corramos, dicen ellos mismos, el velo á este lamentable cuadro; pero se nos presentará otro no menos espantoso. Veremos una porción de ciudadanos, no solo inocentes, sino aun beneméritos, muertos violentamente por aquellas mismas manos, *que no solo perdonaron sino que abrazaron á los comunes enemigos cogidos con las armas en las suyas*. Don Domingo Goicoechea, eclesiástico anciano y respetable, doña Javiera de Artola, don José Miguel de Magra, y otras muchas personas que por evitar prolijidad no se nombran, fueron asesinados. El infeliz José de Larrañaga, que despues de haber sido robado quería salvar su vida y la de su hijo de tierna edad que llevaba en los brazos, fué muerto teniendo en ellos á este niño

infeliz; y á resulta de los golpes, heridas y sustos mueren diariamente infinitas personas, y entre ellas el presbitero beneficiado don José de Mayora, don José Ignacio de Arpide y don Felipe Ventura de Moro....

»En esta noche infernal, en que á la oscuridad protectora de los crimenes, á los aguaceros que el cielo descargaba, y al lúgubre resplandor de las llamas, se añadía cuanto los hombres en su perversidad pueden imaginar de mas diabólico, se oían tiros dentro de las mismas casas, haciendo unas funestas interrupciones á los lamentos que por todas partes llenaban el aire. Vino la aurora del 1.º de setiembre á iluminar esta funesta escena, y los habitantes, aunque aterrados y semivivos, pudieron presentarse al general y alcaldes suplicando les permitiesen la salida. Lograda esta licencia, huyeron casi todos cuantos se hallaban en disposición, pero en tal abatimiento y en tan extrañas figuras, que arrancaron lágrimas de compasión de cuantos vieron tan triste espectáculo. Personas acaudaladas que habían perdido todos sus haberes no pudieron salvar ni sus calzones; señoritas delicadas medio desnudas ó en camisa, ó heridas ó maltratadas; en fin, gentes de todas clases salieron de esta infeliz ciudad que estaba ardiendo, sin que los carpinteros que se empeñaban en apagar el fuego de algunas casas pudieran lograr su intento; pues en lugar de ser escoltados, como se mandó á instancia de los alcaldes, fueron maltratados, obligados á enseñar casas en que robar, y forzados á huir....

»Mientras la ciudad ardía por varias partes, todas aquellas á que no llegaban las llamas sufrían un saqueo total. No solo saqueaban las tropas que entraron por asalto, no solo las que sin fusiles vinieron del campamento de Astigarraga, sino que los empleados en las brigadas acudían con sus mulos á cargarlos de efectos, y aun tripulaciones de trasportes ingleses surtos en el puerto de Pasajes tuvieron parte en la rapiña.... Cuando se creyó concluida la expoliación, pareció demasiado lento el progreso de las llamas, y además de los medios ordinarios para pegar fuego que antes practicaron los aliados, hicieron uso de unos mixtos que se había visto preparar en la calle de Narriaca en unas cazuelas y calderas grandes, desde las cuales se vaciaban en unos cartuchos largos. De estos se valían para incendiar las casas con una prontitud asombrosa, y se propagaba el fuego con una explosión instantánea. De este modo ha perecido la ciudad de San Sebastian. De 600 casas que contaba dentro de sus murallas solo existen 36, con la particularidad de que casi todas las que se han salvado están contiguas al castillo que ocupaban los enemigos, habiéndose retirado á él todos mucho antes que principiase el incendio.... etc. (1).»

Tres días llevaban los ingleses en lo que había sido ciudad de San Sebastian, y el castillo de la Mota aun no se rendía, desechando el esforzado general Rey las proposiciones que se le hicieron. Con tal motivo redoblaron sus ataques los ingleses: el 5 (setiembre) se apoderaron del convento de Santa Teresa, desde cuya huerta, contigua al cerro del castillo, los molestaban los enemigos. Construyéronse baterías de brecha: 17 cañones jugaban en una sola: entre obuses, cañones y morteros, eran 59 piezas las que arrojaban proyectiles sobre el castillo: no era posible resistir á tanto estrago; el gobernador Rey había hecho tanto y aun mas de lo que exigían el honor y la ciencia militar, y á las doce del día 8 enarboló bandera blanca pidiendo capitulación. Las condiciones que puso el vencedor fueron todas, con ligeras modificaciones, aceptadas, siendo las dos principales que las tropas de la guarnición se entregarían prisioneras de guerra, y que serían embarcadas en buques de S. M. Británica derechamente á Inglaterra, sin obligarlas á marchar por tierra sino hasta el puerto de Pasajes cuando mas. Costó á los ingleses la toma del castillo cerca de 500 hombres: de 4,000 que constituían la guarnición fran-

(1) Para no interrumpir mas la narración de los sucesos, reservamos tratar separadamente y en el Apéndice que hallarán nuestros lectores al final de este volumen, del funesto incendio de San Sebastian, que tanto ruido hizo entonces y muchos años despues, aclarando con documentos las dudas que acerca de la verdad de aquel triste acontecimiento hubo interés en suscitar.

cesa había perecido en los ataques y asaltos casi la mitad (2). Al tiempo que así iban las cosas para los franceses en España, la gran lucha de Napoleón con las demás potencias iba marchando en proporciones inmensas á su desenlace en el Centro y el Norte de Europa. Dejamos á Napoleón en abril saliendo de París camino de Dresde. Ingeniosos esfuerzos diplomáticos, medios gigantescos de fuerza empleó todavía aquel hombre extraordinario para ver de reparar en una nueva campaña el gran desastre sufrido en la de Rusia. Antes de salir había recibido las primeras proposiciones de mediación para la paz por parte del Austria, su aliada entonces. Sin rechazar aquella, pero no queriendo concluirla sino despues de alcanzar nuevos triunfos que le repusieran en la situación que había perdido, había hecho alistar hasta 500,000 hombres, é hizo que en un Consejo se aprobaran por mayoría los grandes armamentos, que fué cuando sacó los cuadros y tropas de España, y formó cuatro nuevos cuerpos de ejército con destino á Italia, al Rhin y al Elba. La Prusia se había separado de Francia y unido á los rusos. Este golpe y la semi-defección de la corte de Sajonia hicieron gran sensación en Austria. Napoleón, sin embargo, pide mas soldados, confía la regencia de Francia á la emperatriz María Luisa, y parte para el ejército.

Sus últimas instrucciones para el gabinete de Viena eran, que Austria intimase á Rusia, á Prusia y á Inglaterra que depusiesen las armas, ofreciéndoles luego la paz bajo las condiciones indicadas por él, y si se negasen á admitirla, entrar con 100,000 hombres en Silesia y hacer por sí mismo la conquista de aquel territorio. Pero Metternich, fingiendo aceptar estas proposiciones, insistió en ofrecer la paz á las potencias bajo las condiciones que el Austria fijara, añadiendo que esta nación caería con su peso sobre cualquiera de ellas que se negase á admitir una paz equitativa. Bien se veía la intención del gobierno austriaco de no exceptuar á la Francia, su amiga entonces, de esta amenaza, y la actitud que se preparaba á tomar. Irritóse Napoleón, y se puso furioso, al saber en Maguncia que Austria había hecho ya retirar al cuerpo auxiliar de Francia, y que se proponía tambien desarmar el cuerpo polaco. Pero sin dejar de provocar al Austria á que explique sus intenciones, se promete que la próxima campaña deshará cuantas combinaciones contra él se mediten. Expide órdenes á sus generales, pone en movimiento sus ejércitos, estudia las evoluciones de los aliados, las previene con rápidas y maravillosas maniobras, concentra sus fuerzas en Lutzen, y da y gana la memorable batalla que tomó el nombre de esta ciudad, á presencia de Alejandro de Rusia y de Federico Guillermo de Prusia (2 de mayo, 1813). Persigue á los aliados hácia Dresde y envía á Ney sobre Berlín. Marcha sobre el Elba, entra en Dresde, é intima á Federico Augusto de Sajonia que se le presente, bajo la pena de ser destituido. Todavía Napoleón, despues del infortunio de 1812 en Rusia, vence y humilla soberanos en 1813 en Alemania.

Entre tanto Austria, hostigada, precisada á explicarse, res-

(2) Lista oficial de la guarnición francesa hecha prisionera de guerra por capitulación en el castillo de San Sebastian el 8 de setiembre de 1813. Oficiales, 80; sargentos, tambores, cabos y soldados, 1,756, total, 1,836. Nota.—A mas de los nombrados, hay en los hospitales, enfermos y heridos, 23 oficiales y 512 soldados.—*Pakenham*, ayudante general. Relación de la artillería y municiones tomadas á los enemigos en la fortaleza de San Sebastian el 9 de setiembre de 1813.

Artillería de hierro montada. Piezas de diversos calibres..	19
Idem desmontada. . . . .	17
Artillería de bronce montada. . . . .	36
Idem desmontada. . . . .	8
Morteros de diferentes pulgadas. . . . .	11
Carronadas. . . . .	2
Total general. . . . .	93

Municiones. Millares de cartuchos de bala rasa y metralla.  
Cartuchos de fusil, 735,000.  
Bombas de 10 pulgadas, 304.  
Barriles de 4 100 libras de pólvora, 380.  
Fusiles con bayonetas, 1,203.

Firmado: *Juan Butcher*, comisario y pagador del departamento de artillería.